No puedo hacerlo

Texto: Mireia Vidal

Ilustraciones: David Carretero

SJD Sant Joan de Déu Barcelona · Hospital

FAROS Los cuentos de la abuela

“¡*No puedo hacerlo*!” Con estas palabras respondía Ona siempre que alguien le pedía algo que ella creía que hacerlo, era imposible.

“Seguro que me caigo, resbalo, me equivoco o sencillamente me viene un estornudo”, pensaba. Y de todas las cosas dificilísimas que la gente le proponía, ella salía siempre repitiendo su sonoro: *“¡No puedo hacerlo*!"

Y no creáis que a Ona no le gustaba hacer cosas. Al contrario, pero lo que de verdad le gustaba era hacerlas muy pero que muy bien.

En abril, cuando se acercaba el cumpleaños de su abuela, su madre le pedía que hiciera un bonito dibujo para regalarle, y a Ona le faltaba tiempo para correr a buscar sus lápices de colores. Pero tan pronto empezaba a buscar imágenes para inspirarse, veía preciosos cuadros o postales y le parecía que ella nunca llegaría a hacer un dibujo tan bonito. *“¡No puedo hacerlo*!", gritaba. Y acto seguido daba un golpe con la mano con el que hacía volar los lápices de colores, que acababan aturdidos detrás de una almohada, donde chocaban con un rotulador viejo que había ido a parar, quién sabe, si en el aniversario anterior.

En verano no había ningún cumpleaños en la familia pero cuando se acercaban las fiestas del pueblo, Ona estaba nerviosísima esperando que llegara el día del concurso de pasteles. Era el mejor día del año. Todo aquel que lo deseaba podía presentarse, ya fuera mayor o pequeño. Ona estaba convencida de que esta vez ganaría con una receta que había encontrado en el libro de su madre, donde aparecía un dibujo fantástico de un pastel de miel y fresas. “Este año seguro que sí”, pensaba.

Pero cuando empezaba a cocinar mezclando la harina con la miel, la mantequilla con el azúcar y los huevos con las fresas, Ona se hacía un lío y acababa pensando que con aquella pasta pegajosa no conseguiría hacer los tres pisos que se veían en los escaparates de las pastelerías. “¡*No puedo hacerlo!*", gritaba. Y enfadada, tiraba todos los ingredientes a la basura.

Las cosas fueron a mejor, así que también desistió cuando tenía que cantar la canción de Navidad en el espectáculo de la escuela. Total, nunca cantaría tan bien como lo hacía Remedios, una niña un curso mayor, que todo el mundo decía que cantaba como los ángeles. Luego, se desapuntó de natación porque la brazada le salía un poco torcida, y consideró que como no pronunciaba bien la "R", tampoco era necesario que se presentara a las audiciones de teatro para preparar la obra de navidad en el centro cultural del barrio.

Poco a poco, Ona fue abandonando todas aquellas cosas que tanto le gustaba hacer. Se pasaba las tardes encerrada en casa, aburrida, y si se le venía alguna idea a la cabeza, la hacía huir deprisa porque seguro que no le saldría tan bien como ella quería. Estaba bien convencida de que era incapaz de hacer nada, "*No puedo hacerlo*", se repetía. Hasta que un día alguien le pidió que la ayudara a hacer una cosa. Era algo muy sencillo, tan solo tenía que sacar a pasear el perro de la vecina, y no era necesario que lo hiciera bien. De hecho, podía hacerlo mal. Podía caminar torcido, tropezarse e incluso podía pisar un charco y ensuciarse los pies. Lo único importante era sacar aquel pobre perro cansado y viejo a dar una vuelta; y Ona pensó que aquello sí que podría hacerlo. Al cabo de un rato, volvió a casa sin haberse perdido y con el perro en perfecto estado. Todo había salido bastante bien.

Al día siguiente, alguien le pidió que la ayudara a doblar la ropa. Y tampoco había que hacerlo bien. De hecho, lo más importante era hacerlo deprisa para esconderla de una visita inoportuna. “Si no hay que hacerlo bien, lo puedo hacer”, se dijo a sí misma Ona, y lo hizo.

Otro día ayudó a preparar un guiso, donde todo lo que tenía que hacer era remover. No era necesario calcular ni la velocidad ni la fuerza de cada meneo, le dijeron, solo tenía que mover la cuchara arriba y abajo para que la comida no se pegara. Y lo también lo hizo.

Poco a poco, Ona comenzó a hacer un montón de cosas que no hacía falta que hiciera bien. Tan solo había que hacerlas. ¿Y sabéis qué? De hacer cosas que no fueran perfectas, ¡Ona sabía un montón!, y enseguida volvió a apuntarse a hacer todo lo que le pedían. Hacía dibujos con líneas que no debían ser rectas, escribía cuentos con letras que podían ser torcidas e inventaba juegos que no debían ser los más divertidos del mundo, tan solo debían servir para pasar el tiempo. Ona había descubierto que la divertía mucho hacer cosas imperfectas donde lo único que importaba era hacerlas. Y lo más sorprendente es que, a medida que fue haciendo más y más, de repente se dio cuenta de que las cosas le salían cada vez mejor.

Pero, seguro que os estáis preguntando si al final las cosas le acabaron saliendo perfectas. Pues no. ¿O quizá sí? Quién lo sabe. Y es que al final, ¿alguien sabe a ciencia cierta cual es la perfección?

Fin

FAROS

La guía de la salud y el bienestar para tus hijos

Los cuentos de la abuela es un recopilación de cuentos que el Observatorio de la Infancia y la Adolescencia FAROS pone al alcance a través de su página web (http://faros.hsjdbcn.org/) con el objetivo de fomentar la lectura y difundir valores y hábitos saludables en la población infantil.

FAROS es un proyecto impulsado por el Hospital Sant Joan de Déu Barcelona con el objetivo de promover la salud infantil y difundir conocimiento de calidad y actualidad en este ámbito.

SJD Sant Joan de Déu
Barcelona · Hospital